

DE LOS SIETE ANILLOS

Trabajos no temáticos

GUILLERMO FERSCHTUT

De los siete anillos a la cadena infinita

Guillermo Ferschtut

El silencio humano –es sabido– no se expresa sólo mediante la prescindencia de las palabras. También se expresa mediante las palabras de la prescindencia.

Santiago Kovadloff

En este trabajo intento recuperar y evaluar un funcionamiento grupal institucionalizado en tiempos de Freud, que dio en llamarse “el grupo de los siete anillos”. Estudiaré:

- a) El origen de su constitución.
- b) Su estilo de funcionamiento secreto. La personalidad de Freud y la relación con sus discípulos.
- c) La vigencia y consecuencias del mantenimiento de ese funcionar secreto.
- d) El supuesto básico de la omertá, mafias, logias, etc.
- e) Su posibilidad de ruptura o apertura. Transmisión del psicoanálisis.
- f) Me sirvo del modelo de la Omertá para aplicarlo metafóricamente al tema de los siete anillos y la cadena infinita y a momentos de la clausura o apertura de aspectos institucionales y o teóricos respectivamente del movimiento psicoanalítico en nuestros días.
- g) Finalmente planteo algunas ideas con respecto a los Institutos de formación. De ahí el título.

Aún hoy nos causa impacto entrar en contacto con las ideas de Freud. Es muy posible pensar que cuando tomó pleno conocimiento de la magnitud de su descubrimiento, además de una gran

conmoción, debió sentir terror por las implicancias de su revolucionario hallazgo.

Pensar en la turbulencia emocional que acompañó esos privilegiados momentos, únicos en la historia de la humanidad, excede mi capacidad de imaginación y, por otra parte, los límites de esta comunicación. Pero sabemos de la violenta reacción con que la cultura positivista de la Viena de fin de siglo rechazó sus ideas. La obra fue catalogada de pornográfica y se dijo que a los analistas había que ponerlos en prisión. Alguien propuso establecer un boicot a toda Institución en que fuesen toleradas esas ideas. También hubo víctimas entre sus simpatizantes, muchos fueron destituidos de sus cargos con campañas de injurias y por supuesto se consideró a Freud el villano máximo. El psicoanálisis no solamente era dañino; se lo objetaba también como inmoral y peligroso. Se decía que lo que estaba en juego era nada menos que la civilización.

De allí el aislamiento, el espléndido aislamiento, pleno de dolor y creatividad. Freud le escribía a su amigo Fliess: “aquí estoy completamente solo en la elucidación de las neurosis. Los colegas me miran como si fuera un maníaco, y yo tengo la convicción de haber tocado uno de los grandes secretos de la naturaleza”.

En 1902 se formó la Sociedad Psicológica de los miércoles, que se reunía en casa de Freud; comenzó con 4 miembros y llegó a tener 22. Para esa época ya se habían publicado *La Interpretación de los sueños* y la *Psicopatología de la vida cotidiana*.

No resulta difícil pensar que el grupo se fue uniendo en torno a este líder genial, con todas las implicancias que Bion (1970) describe en la relación existente entre el místico y el grupo. Este es un punto clave y espero discutirlo en varios niveles. Ambos se necesitan, el grupo un genio que lo nutra y el genio, a su vez, un grupo que lo contenga y lo proteja. Si existe un equilibrio, una buena mutualidad, se promueve un crecimiento de las dos partes; en caso contrario, una deteriora o destruye a la otra.¹ Al parecer, las reuniones de los miércoles dejaban bastante que desear en

¹ Doy por sentado el conocimiento de modelo de los supuestos básicos de Bion en todos sus detalles, especificaciones y consecuencias teóricas y técnicas así como también lo que este autor describe en “Transformaciones”, acerca de la relación entre el místico y el grupo. Por lo tanto no me voy a extender en este tema.

cuanto a su organización como grupo de trabajo. (Bion, 1963)

Junto a la necesidad de escuchar al maestro y de fomentar la comunicación entre los miembros, también existía el deseo, al menos consciente, de preservar el descubrimiento de Freud de las posibles deformaciones que podían implicar las diversas interpretaciones. Ya en aquel entonces éstas comenzaron a evidenciar conflictos entre sus “discípulos”.

Desde el comienzo, hubo idealizaciones, disidencias sentidas como traición, desengaños, encubiertas expulsiones y abandonos. Adler, Steckel, Tausk y otros, además los retiros y las críticas, comenzaron a surtir un efecto negativo en el ánimo de este hombre preclaro a la vez que muy sensible y consciente de las resistencias, que el cambio provocado por sus ideas proponía al grupo. Según Racker (1956), es conocido el hecho de que por su carácter Freud no toleraba mucho las modificaciones, adendas, o ideas contrarias a sus teorías, por lo demás en plena ebullición.

Podemos agregar a este clima, el aspecto que corresponde a la relación emocional intensa y secreta, que previamente había tenido Freud con Fliess. A los fracasos y al conocido desengaño final que sufrió la misma, siguió luego el desplazamiento de esta situación: buscar y nombrar a un príncipe heredero que, además, debía ser gentil. Así aparece en escena Jung, con quien Freud quedó prácticamente deslumbrado.

En 1907 se refunda formalmente el grupo de los miércoles, bajo el nombre de Sociedad Psicoanalítica Viena. En 1908 tiene lugar el Primer Congreso Psicoanalítico en Salzburgo y, en 1909, el viaje a Estados Unidos. En 1910, durante el segundo Congreso de Nuremberg, se funda la Asociación Psicoanalítica Internacional. En 1911 el tercer Congreso Psicoanalítico Internacional en Weimar y en junio de 1912 se organiza el Comité secreto de los siete Anillos, del que hablaremos más adelante. De este modo, el grupo de los miércoles funcionó entre 1902 y 1912.

Gracias a la voluminosa correspondencia, que pudo recolectarse, entre Freud y sus discípulos, podemos tener hoy una idea bastante aproximada de la vida de este grupo. (Grosskurth, 1991)

En el entrecruzamiento de cartas, de estos pioneros entre sí o con Freud, alternativamente y en casi todas ellas, se mezclaban comentarios correspondientes a un nivel puramente emocional (grupo primario), con tareas, funciones, roles y trabajos (grupo

secundario). En ellas las ideas se confundían con alusiones –chismografía de corte pseudo psicoanalítico–, relativas al carácter de las personas que las sustentaban.

Tomo como ejemplo una frase de Freud en una carta a Jung en pleno apogeo de su relación con él, donde le habla de la reunión que tuvo con Jones y Brill. Allí manifiesta en tono confidencial: “... Jones es, sin duda, una persona de las más interesantes y un hombre de valor, aunque me da una impresión de... singularidad racial. Es un fanático y no come lo suficiente. En cierto modo me recuerda al flaco y hambriento Casio...”. “Que yo pueda rodearme de hombres gordos”, decía Cesar.

Cuidar a Freud, compartir sus ideas, discutir las, protegerlo de las críticas del afuera, sostener las tensiones que originaban las nuevas ideas en el adentro, superar los enfrentamientos seguidos de encuentros y desencuentros, alianzas, pequeñas y grandes diferencias, traiciones y juramentos e intensas emociones grupales, todo esto daba como resultado un clima difícil de sostener. Relaciones transferenciales y contratransferenciales sin un adecuado encuadre, tal como podríamos entenderlo en la actualidad.

Freud no pudo separar su creación, la teoría del psicoanálisis, de sí mismo como creador. Muchas veces consideró la adhesión a su teoría como prueba de lealtad y el rechazo de alguna parte de la misma significaba un rechazo personal. Un juramento de lealtad era indispensable para continuar.

De la lectura de cartas intercambiadas entre los protagonistas resulta patética la descripción del lento e inexorable proceso de deterioro de la relación Freud-Jung (a quien Freud, como sabemos, había nombrado su sucesor). A pesar de todo, ésta no era su primera desilusión. Ya las había sufrido con Silverstein en su adolescencia, con Adler, con Steckel, luego con Fliess –que finalmente los llevó a la ruptura.

Precisamente en esos momentos y para prevenirlo de nuevas desilusiones, surgió la idea de cubrir a Freud con una “coraza o piel protectora”, conformada por una serie de colegas que constituyeron el famoso grupo de “los siete anillos”. Esta envoltura omnipotente y hasta cierto punto mágica, preservaría al líder y a los integrantes del grupo de las posibles desviaciones que podría tener el psicoanálisis, y de la influencia negativa de aquellos que no estuviesen compenetrados totalmente con la nueva teoría.

“LOS SIETE ANILLOS”

Fue Jones (1960), que inspirado en la leyenda de los Caballeros de la Mesa Redonda, propuso a Freud la organización de un grupo de psicoanalistas confiables, de gran fidelidad e hidalguía, que tendrían la función de paladines, es decir, una suerte de guardia pretoriana. Describió su deseo de organizar ese consejo en forma no oficial e informal y, por lo tanto, necesariamente cerrado. El consejo debía de estar en contacto permanente con Freud con fines de instrucción y de crítica... “lo que tendremos que hacer será purgar, en todo lo posible, las excrecencias teóricas y coordinar nuestros propios fines inconscientes con las demandas e intereses del movimiento”... Como comenta Rodrigué (1996), “purgar las excrecencias” hace pensar en oscuros sótanos medievales.

Freud agradeció la idea, pero agregó “eso podía ocurrir en mejores tiempos cuando esperaba que Jung pudiese reclutar ese mismo círculo que usted propone, entre las cabezas de las asociaciones locales”, lamentando –apuntó (léase ordenó)– que esa unión debía de hacerse con independencia de Jung y de los presidentes electos de las demás asociaciones.

Es en estas circunstancias que Freud toma la idea de este consejo compuesto por los mejores y más dignos hombres de confianza con el fin de velar por el desarrollo del psicoanálisis, “para cuando yo deje de existir”, acotando que el grupo debía de ser *estrictamente secreto*. (sic)

El grupo de “los siete anillos” 1912, estuvo formado por Jones, Ferenczi, Sachs, Abraham. Rank, Eitingon y por supuesto con el propio Freud que los llamó sus “*hijos adoptivos*”, y obsequió a cada uno de los miembros de esta cofradía, una antigua talla griega, montada en un anillo de oro, que se convirtió en símbolo del lazo indestructible entre el soberano y sus vasallos, los cuales pasaron a denominarse Señores del anillo. Curiosamente, recién acababa de publicarse “Tótem y Tabú”.

Una fotografía tomada en Viena muestra a Freud como figura principal del grupo de los siete. (Se asegura que para la foto Freud se había sentado en un banquillo más alto. Siempre queda el recurso de echarle culpas al fotógrafo). Aparecen unidos en ese día de la primavera de 1912, lo que Freud llamó su “Comité”, para guiar las actividades del movimiento psicoanalítico. Comenzaba así, la conjunción entre ciencia, política y mística.

El comité secreto trabajó durante casi quince años en la tarea que se habían propuesto y subsistió como sociedad secreta hasta 1927, fecha en que se disuelve en la dirección oficial de la IPA.

Simultáneamente con la continua correspondencia entre ellos, también mantenían otra mensual, “Runbrife”² (circulares, futuros e-mails), además, obviamente, de la privada que cada uno tenía con Freud. Estas personas organizaban el movimiento analítico en lugares muy distantes entre sí: Londres, Viena, Budapest o Berlín. Por las cartas nos enteramos, entre otros detalles, de breves períodos de análisis de algunos miembros con Freud, o de ellos entre sí, de sus reacciones y pasiones, sus diferencias, orígenes familiares y culturales, viajes, proyectos, intimidades familiares, incidencias, infidelidades conyugales, actuaciones sexuales con pacientes, etcétera. ¿Intercambio científico, acting, catarsis?³

Rangell (1984) se refiere a “la naturaleza heroica de un grupo que intentaba extraer de su vida privada y de la de sus pacientes, una teoría científica de la conducta humana”.

Tal vez no se tome demasiado en cuenta el hecho de que el grupo de los siete anillos funcionó, durante tanto tiempo, como una onnipotente aristocracia, dentro del movimiento psicoanalítico, cuyo centro visible era la IPA. Pero más allá de la organización oficial, y por fuera de ella, el comité tenía sus propias reuniones, parciales o totales, en los intervalos entre los Congresos psicoanalíticos internacionales. Este es el punto donde deseo detenerme en algunas consideraciones sobre la conformación de los grupos.

EL SUPUESTO BASICO DE OMERTA

Romano (1997) describe la existencia de un nuevo supuesto básico en la evolución de los grupos, que sugiere agregar a los de

² Hasta ahora no se conoce toda la correspondencia, la mayor parte de lo que resta fue eventualmente legada por Rank a la Universidad de Columbia, y otra importante cantidad permanece guardada en archivos secretos.

³ Abraham afirma en una circular, que tampoco faltaban problemas en el comité, “Es extraño que nuestro círculo muestre la reacción inversa a la de una familia neurótica. Discuten cuando están juntas y están llenas de amor cuando están separados. Pero en nuestro círculo hay armonía cuando estamos juntos, mientras en nuestra correspondencia somos muy diferentes”.

dependencia, apareamiento, lucha y fuga, descriptos por Bion, y que denomina, el supuesto de la Omertá.

Ese autor describe una condición emocional en la vida del grupo, ante la cual, y por momentos, éste se comporta como frente a la existencia de un secreto, que nunca aparece real y claramente, siendo siempre vago e inseguro. Esto genera entre los miembros, la sensación de que en el aire hay algo peligroso para la vida de todos, que debe ser escondido u ocultado. La motivación es inconsciente y la idea del secreto también. No es necesaria la existencia de un secreto real, o no se sabe con certeza si lo hay verdaderamente, pero en todo caso existe la convicción de que tal como se va desarrollando la dinámica grupal, debe de haberlo. De eso no se habla.

El supuesto se pone en evidencia durante momentos especiales del funcionamiento grupal, sugiriendo el hecho de que el grupo parece reunirse con la expresa finalidad de mantener un secreto; más aún, el grupo existe en tanto se supone que hay un secreto para mantener. No se manifiesta solamente con relación a conductas regresivas, sino también en otras circunstancias delicadas de la vida del grupo tales como las de la ida de un miembro o el ingreso de uno nuevo. A veces no se sabe porqué ha desaparecido alguien, o bien se mantienen en secreto las razones por las cuales se acepta o mal acepta una nueva persona o una realización cualquiera.

Como las demás asunciones básicas, el supuesto tiene la función de negar la evolución y el proceso de transformación grupal; el hecho de ser inconsciente hace que no pueda admitirse ni el arrepentimiento ni la reparación. El supuesto del que nos ocupamos, está infiltrado de relaciones transferenciales y contra-transferenciales entre el conductor y el grupo, así como de los miembros entre sí. Los discursos son preverbales, alusivos, herméticos, crípticos y muchas veces con una evidente escisión entre el significado y el significante. El sentimiento predominante que une a los miembros, es el de la sospecha disfrazada de confianza.

La Omertá no funciona contra el grupo sino que es un particular modo patológico de defenderlo y, más aún, a veces es un modo perverso de preservarlo. Además de ser una escondida necesidad narcisística, es una ley que no debe transgredirse. El supuesto básico de la Omertá es el de no revelar.

Existe una relación dinámica con otros supuestos cuya función, como sabemos, es la de entorpecer o ensombrece al grupo de trabajo⁴, el de la Omertá por lo general aparece como resultante del fracaso de otros supuestos.

Es decir, surge el secreto, y por lo tanto la Omertá, cuando no se manifiestan esbozos de otros supuestos en el horizonte inmediato, ninguna aristocracia o pareja aristocrática prometedora dentro del grupo, ni tampoco un franco peligro contra el cual los integrantes deben luchar.

Hay vivencias secretas generadas por este supuesto y muy controladas por los miembros del grupo, que abarcan desde aspectos contradictorios con la conformación original del grupo, hasta llegar a un control paranoide, con miedo, desconfianza, desesperación, e ideas de destructividad, que propician pactos, efímeras uniones o desuniones.

Ante un clima tan persecutorio, el supuesto de la Omertá aparece infiltrando la tarea en sí misma. Algunas veces se encarna en un líder amenazante, antítesis del líder que ama y reasegura a todos los miembros del grupo. Bruscamente, este líder amado, pasa a ser temido, y los miembros del grupo ya no son hijos del amor “del capo”, sino de su odio. Allí falla el supuesto básico de dependencia y la amenaza es la expulsión o la muerte civil. Pero se lo soporta en silencio. O se respeta el código no verbalizado y terrorífico o se sufre la expulsión.

Muchas veces en un pequeño grupo, por ejemplo el terapéutico, la interpretación por parte del terapeuta, puede no ser del todo feliz, resultando misteriosa, críptica o confusa, pero el grupo parece que no puede ni debe reconocer la difícil interpretación ni

⁴ El mejor ejemplo que se me ocurre del modelo de *Grupo de Trabajo*, es el de la Orpheus Chamber Orchestra, el mismo está compuesto por un grupo de jóvenes músicos que abordó el estudio y la ejecución del repertorio camarístico basados en principios de compromisos personal y respeto mutuo. Sus miembros exigen un alto nivel de responsabilidad musical y rotan en sus posiciones para que cada ejecutante tenga la oportunidad de guiar una sección. Su característica más destacada reside, precisamente, en el inusual proceso de compartir y alternar los roles de liderazgo. Los músicos, al trabajar sin director, modelan el proceso de ensayo y en la prueba final coordinan la interpretación y ejecución, turnándose para escuchar desde el auditorio, el balance, la armonización, la articulación dinámica y claridad de expresión.

En este grupo sin director, el líder es la música. Así como en el grupo de trabajo el líder es la tarea que el grupo se proponga.

su dificultad de comprensión, entonces se traducen estas acciones poco claras, bajo el supuesto de la Omertá, en que todos aparentan comprender supuesta o secretamente y ocultan el hecho de no comprender. Sucede que la interpretación no resulta clara o convincente, no produce insight ni transformación, simplemente no se sabe si lo que está diciendo el terapeuta es verdadero o falso, si tiene sentido o no, pero esto es ocultado y se toma lo dicho como bueno, organizador y comprensible. Bion (1975) sostiene lo mismo cuando afirma que a menudo una interpretación es seguida de un silencio que, mucho más que una pausa para pensar, es un tributo de reverente temor. Es un modo desesperado de defender tanto la inmovilización del grupo, como la relación con el conductor a través de un acuerdo inconsciente de negar comprometedoras evidencias.

Tiene algo del pacto juramentado y la fusión de la que habla Sartre cuando relata el proceso de desarrollo de un grupo. Casi un pacto de sangre, de allí cierto parecido con la mafia y también con la historia en la que nadie podía delatar que el rey estaba desnudo; todos admiraban públicamente sus finos ropajes, para no ponerlo, ni ponerse en evidencia.

Estos hechos no parecen tan extraños a la constitución de cualquier grupo, pero en circunstancias especiales como la que nos ocupa, se forma una poderosa estructura de la cual la mafia sería un buen modelo. Según Rodríguez (1996) la IPA creció bajo un poder de dos caras. Una de ellas expuesta, que daba continuidad en su trabajo unificador en medio de disensiones, exclusiones y suicidios, cuando eran evidentes e inocultables; la otra cara, enmascarada, dirigía de modo invisible los asuntos del movimiento. O sea que mientras la IPA tomaba a su cargo la libre comunicación entre las sociedades existentes, el comité secreto de los anillos, intentaba centrar y dirigir a su manera la ley y la política del movimiento, por fuera de las asambleas.

En su versión inicial *mafiusu*⁵ (Betancurt, García, 1994) o mafioso, indicaba gracia, belleza, excelencia y perfección; la misma palabra significaba también un hombre consciente de serlo y de actuar como tal, que pudiera mostrar valor sin bravuconería o arrogancia. Tenía el sentido de un individuo que defendía sus derechos. Según Pitré, la mafia no es una secta,

⁵ Palabra siciliana, del dialecto de Palermo.

tampoco es una asociación, no posee reglamentos. El mafioso no es un ladrón, es más bien un hombre valiente y sólido que no se deja engañar; su ley y fidelidad es la familia por encima de todo. Busca que lo respeten y respetar a la vez y, si lo agreden, no acude a las autoridades sino que ejerce justicia por su propia mano. Si carece de fuerza acude a otras personas como él para que le presten apoyo. Así se forma la hermandad, el grupo.

Hay muchas versiones acerca de la vida de estos grupos, por lo general tienen conflictos de intereses y sustituciones incesantes. Precisamente se vuelven vulnerables cuando llega el momento de consolidarse y establecer un orden, dentro de los mismos, y como tal tiene mucha rigidez. La autoridad existe, pero es cruel e inaccesible. Cuando el poder que detenta el grupo en el afuera presenta algún tipo de fisura, comienzan los indicios de violencia y fraude en el seno del mismo grupo. Explota entonces la Omertá, en la forma de una ola de violencia interna, aparecen las purgas, y el ciclo se repite.

Es interesante la manera en que, sobre la base de este código de conducta u Omertá, fueron lentamente tomando forma, y llegaron a configurarse cinco mandamientos capitales, tan obligatorios ayer como hoy. 1) Ayudar al hermano por todos los medios que se disponga a riesgo de la propia fortuna. 2) Se obedece las órdenes de un consejo de hermanos mayores. 3) Una ofensa hecha a un hermano, está hecha para cada uno de los miembros personalmente y la hermandad toda, tiene que estar dispuesta a vengarla a toda costa. 4) Cualquiera fueran las circunstancias un mafioso no debe jamás acudir a la policía o a cualquier otra autoridad gubernamental en demanda de ayuda y 5) Ni bajo presión, dolor o muerte, ningún mafioso debe reconocer la existencia de la hermandad por fuera de ella, discutir una fase de sus actividades o revelar el nombre de un hermano. Nos encontramos por supuesto, en pleno desarrollo de una sociedad secreta.

Abadi (1959) definió al grupo psicoanalítico como un grupo secreto que reprime su condición de tal, o sea que contiene toda la fenomenología de las sociedades secretas, disimuladas y sustituidas, sin embargo, por ciertos rasgos derivados de la negación y de la represión que el grupo hace de su condición de grupo esotérico. Desarrolla su teoría de grupo secreto sobre cuatro fundamentos: *a)* es un grupo; *b)* se comporta como si fuera

esotérico, secreto; *c*) reprime su condición de secreto y *d*) tiene una relación conflictiva con su instrumento de trabajo.

Así describe al grupo psicoanalítico como conformándose en función de una elaboración colectiva, auto y aloplástica, que actúa con fuertes niveles regresivos y que está influido por el contexto histórico en cada comunidad en que aparece. Señala que el grupo se maneja con mecanismos de disociación dentro-fuera, muy primitivos y tiene una organización autocrática y severa. Hay rigidez con un Superyo cargado de intenso sadismo, que exige de sus adeptos un alto grado de masoquismo y que indica un fuerte predominio de pensamiento mágico.

Por lo tanto, para este autor, el grupo psicoanalítico como tal tiene tensiones explícitas y latentes, luchas internas y externas frente al medio que lo rodea. Como todo grupo, posee motivaciones inconscientes que subyacen en los supuestos básicos.

Suele haber una negación maníaca de lo malo dentro del grupo, de allí su relación con la Omertá, y un intenso temor a la reinternalización del perseguidor proyectado. En ese sentido el grupo se constituye en sociedad secreta, precisamente para proteger o preservarse del ataque del perseguidor.

Un pacto de silencio va creando una suerte de coraza protectora o de muro exclusivo para la supervivencia de estos grupos que se transforman, a la vez, en una réplica de la negación individual cuando funciona al servicio de la supervivencia. En ese caso se dejarán de oír los golpes de la guerra interna, los problemas quedarán ubicados en un afuera alejado del adentro.⁶

Como en los siete anillos, el secreto es un poder misterioso que el grupo usufructúa, y frente al cual tiene que establecer una coraza de aislamiento; su posesión detenta el privilegio de una pertenencia e identidad privada frente a los que están fuera del mismo, a los excluidos, de los que teme despertar envidia por este bien mágico que posee. La posesión es vivida, a su vez, con un gran sentimiento de culpa por lo poseído (equivalente en la fantasía, al robo del pene paterno) y la culpa por lo que no se quiere compartir con los cómplices (equivalente a la traición a

⁶ Llamativamente, como ya lo señalé, en la época de la creación de los siete anillos, Freud estaba escribiendo *Tótem y Tabú*. En el prólogo menciona a Jung y en su autobiografía considera este ensayo como una de sus mejores obras. Aquí menciona la inmortalidad como una justa recompensa después de la muerte.

los hermanos); el secreto asegura la supervivencia. Secreto, poder, pertenencia, culpa, exclusión, seguridad y omnipotencia combinados.

En síntesis, el grupo así descrito tiene algo de valioso y privado que debe ser contenido secretamente de la envidia y de la reivindicación del “afuera” y debe ocultar al mismo tiempo en su interior la culpa colectiva a la persecución de la comunidad. Así se entiende la relación entre el patrón de conducta secreto, equiparable a la primera sociedad secreta que para el niño representa la escena primaria, de la cual queda excluido. El coito de los padres consumado en el secreto de la alcoba, constituye el primer “afuera” en esa sociedad secreta.

Con o sin juramento hipocrático de por medio nuestra particular profesión nos inviste del poder que se instala por el solo hecho de tratarse de personas necesitadas.

Con relación a este aspecto, creo que como analistas somos depositarios privilegiados y guardianes de relaciones con lo secreto, lo íntimo de lo que nos es contado. Por otra parte, nuestra escoptofilia, plena de escenas primarias, se satisface a través del libre paso por los dormitorios, e inviste de omnipotencia y poder mágico a nuestro rol. Somos así poseedores o depositarios de la privacidad e intimidad de personas que nos consultan y que a su vez, también transmiten intimidades y secretos de otras personas conocidas o no.

A veces, la contención del secreto sobrepasa un límite de tolerancia. Suele observarse que, un grupo llega a formarse como escisión de un grupo mayor, que contiene una situación de secreto tan intensa que dicho subgrupo no puede tolerar, y por lo tanto se separa conformando un otro grupo que, si bien mantiene parte de la ideología original, lucha contra la falta de ética o las faltas éticas en las que se incurre por no haber preservado el secreto intragrupo. Más allá de la seguridad, confiabilidad y ética de los integrantes del grupo mayor, algunas veces, un integrante se siente comprometido por el solo hecho de la pertenencia que sorpresivamente, en un determinado momento, lo ubica en un dilema ético.

Además de otros factores, la cuestión ética parece desencadenar, con frecuencia, la formación de grupos disidentes. Por ejemplo, se ha observado en algunas sociedades psicoanalíticas que, más allá de las divergencias teóricas o de formación, a veces un número dado de integrantes se aparta con cierta violencia del

grupo original. No es un secreto el hecho de que manejamos “material radioactivo”, sin duda con más protección, pero pienso que los pioneros lo tomaban directamente con las manos.

Un problema ético se silencia y se lo desplaza a otro teórico o neurótico, o a veces un problema técnico aparece actuado a través de la interpretación de la teoría. Es conocido el hecho de que Ferenczi le reprochaba a Freud la omisión, en su análisis con él, de la transferencia negativa. Pienso que razón no le faltaba, su complicada y difícil vida sexual y la injerencia de Freud en la misma, podrían dar argumento a una larga y densa novela⁷. Tampoco era mucha novedad para él que conocía otros enredos amorosos con pacientes en tratamiento, por parte de Ferenczi, Jung, Jones, etc., algunas de las cuales fueron luego sus pacientes. Freud conocía el fuego cruzado.

En una de sus cartas a Eitingon, afirma: “Creo que Jones no tiene originalidad en sus ideas” (y agrega) “la aplicación de mis ideas quedó en él como dentro de un nivel escolar... yo soy una pieza, yo soy parte de su superyo, que está insatisfecho con su ego. El tiene miedo de descubrir la insatisfacción conmigo y esto es un subproducto de un desplazamiento patológico y del cual hay que tener cuidado porque yo tengo razones para estar insatisfecho”. Por supuesto, razones secretas.

El supuesto de la Omertá, comprendido como tal, es una herramienta muy importante para entender diversos aspectos de la estructura grupal que tal vez básicamente tengan que ver con la primitiva o primaria organización de cualquier grupo. Primitiva por las emociones primarias que están en juego, pero también porque se remonta a los aspectos iniciales, fundantes e instituyentes de un grupo cualquiera. Mucho más en nuestra profesión. Frases como “Lo sé por diván”, “tengo un paciente que...” avalan esta opinión.

Es posible pensar que por las implicancias y consecuencias que tiene este supuesto básico, se trata de una situación muy difícil de superar, y que permanece de alguna forma siempre presente en estado latente, aún cuando el grupo funcione predominantemente como grupo de trabajo.

⁷ Ferenczi fue su colaborador, secretario, paciente, compañero de largas caminatas, analizado e invitado a su casa como huésped de la familia. Freud lo analizaba, aconsejaba, paternalizaba y en cierto punto lo dirigía.

La idea de tratarse de un grupo cerrado con un bien que se debe preservar, implica por fuerza mecanismos rituales de aceptación, de sostén, de juramentación y de exclusión. El grupo psicoanalítico no escapa a estas situaciones. La solución sería indagar estas fantasías de una u otra manera dentro del grupo y superar la magia y la irracionalidad en nuestra interrelación haciendo explícitas —hasta donde sea posible—, las fantasías persecutorias subyacentes a toda agrupación.

No resulta sencillo discriminar entre lo íntimo y lo secreto. Genéricamente lo secreto alude a lo que se oculta, a lo privado, se refiere también a lo íntimo, pero del orden del pudor. Lo íntimo refiere a lo circunscripto pero tácito, apoyado en la discreción. En el análisis habría intimidad durante el proceso y secreto —hipocrático— en el encuadre contractual.

Los cambios que se están operando en el mundo hacen que sea muy útil tener en cuenta este concepto de la Omertá. Se trata de un fenómeno al que hay que prestarle atención. Me parece que se repite en toda Institución, cualquiera sea su finalidad y obviamente también en las instituciones psicoanalíticas, los institutos de psicoanálisis y, por supuesto, en IPA. Creo que merece ser estudiado y tenido muy en cuenta. Muchas veces lo que no se dice o informa explícitamente, forma parte de la estructura que mantiene la fantasía de que lo importante es aquello que sí se dice o sobre lo que sí se informa.

Quince años fueron muchos para los siete anillos, y allí funcionó, a mi juicio, la Omertá, como pacto de alianza secreta entre los miembros del grupo que compartió la magia del poder, de la omnisciencia, y de la dirección de las decisiones de la IPA.

Los “siete anillos”, empezaron a fragmentarse lenta y definitivamente, cuando el movimiento, con Numberg y Fenichel se fue trasladando de Europa a Londres y a Estados Unidos al tiempo que Strachey iniciaba la monumental traducción de las obras completas, al inglés. Movimiento, difusión y expansión. Freud intentó prolongar el sentido original de los anillos obsequiándole réplicas de los mismos a Lou Salomé, Marie Bonaparte, Catharine Jones y Simmel, pero fueron al parecer gestos de gratitud ya que el inherente simbolismo de los anillos se fue desvaneciendo. Podríamos decir que ese grupo se diluyó en la IPA. Sin embargo, Freud y el Comité consiguieron soportar juntos diferencias, sostener tensiones y acompañar al genio a lo largo de una gran

parte del camino; esto permitió conservar lo esencial de la teoría y del método hasta el punto en que ello fue posible. Y no fue poco.

En forma metafórica “los anillos” se forman, se rompen y se vuelven a formar de manera inevitable y permanente como la lucha entre Eros y Tánatos; de allí el título de este escrito. Pero suponer que la lucha ha terminado es una ilusión más. Es cierto que como en toda disciplina, el psicoanálisis como teoría, técnica y movimiento en desarrollo, tiene problemas internos y externos y en cada nueva generación y con cada nueva idea, en su abrirse paso, se repiten ciclos de micro o macrocrisis. Modificamos y somos modificados en una sesión, en una agrupación, en una cultura y obviamente también en una institución.

Es indudable que a partir de Freud y sus continuadores el psicoanálisis ha instituido una disciplina y un saber sostenidos en una praxis, cuyos fundamentos no han variado básicamente a lo largo del siglo, aunque se hayan aumentado, diversificado y complejizado sus sentidos y sus aplicaciones.

Ahora quisiera referirme a lo que he denominado “de los anillos a la cadena infinita”. Se trata de un desplazamiento metafórico del tema de los anillos, como base para pensar en aspectos de la teoría y de la práctica. El objetivo es señalar un movimiento perpetuo entre tradición y cambio en una infinita cadena de sucesivos e infinitos cierres y aperturas, en las que se van articulando y desarrollando hombres, ideas, sociedades y culturas. A la manera de Bion: una idea vehiculizada en un pensador generó un grupo para contenerlos, a su vez este grupo para formarse precisó institucionalizarse para proteger a la idea y a su creador con un adentro protector y con ello cuidarse del afuera hostil. Esto exige una necesaria reflexión sobre las instituciones.

LAS INSTITUCIONES

Podemos definir a las instituciones como un modo particular y sofisticado de la organización grupal, a través de la cual sus integrantes consienten en la instauración de prácticas organizadas para alcanzar los objetivos que se proponen, en la tarea principal que los une. Para ello dispondrán de reglas que organicen y administren los recursos, las personas y las modalidades

necesarias para lograr tal fin. Denomino sofisticado, al grupo que se maneja preponderantemente como grupo secundario, es decir el que se vincula a través de roles y funciones, determinadas y determinantes de la conducta de sus miembros, por encima y a diferencia de las de un grupo primario, cuyos integrantes se relacionan entre sí sobre la base de relaciones de carácter emocional.

Como enseña Freud en “Psicología de las masas y análisis del yo” (1921) la pertenencia a un grupo le brinda al individuo un reconocimiento, en la medida en que lo provee de interacción con los otros, con los que a su vez se identifica e iguala, compartiendo el mismo amor y respeto hacia el líder en el que todos proyectan en él su Ideal del Yo, se sienten a la vez que hermanados igualmente amados. Bion lo extiende además a la idea mesiánica. Al compartir sentimientos a través de la identificación obtenida, también se disminuye la hostilidad de los individuos entre sí. Es posible que en alguna medida, también exista la misma proyección, ambivalentemente sentida hacia las instituciones psicoanalíticas a las cuales pertenecemos.

Desde Bleger (1971) entendemos que cada uno de nosotros está inmerso en una institución y deposita en ella parte de su psiquismo más indiferenciado y simbiótico, pero que también están comprometidas en la vida institucional, las estructuras más específicas y evolucionadas de cada particular proceso de simbolización. Sugiere Kaës (1977) que, dentro del conjunto, la parte de la realidad psíquica que cada sujeto ha depositado, proyectado, desligado o desplazado sigue un doble trayecto: primero, en el espacio intrapsíquico donde constituye un componente del inconsciente individual; luego, en el espacio transpsíquico donde asociado a otras formaciones psíquicas homólogas o complementarias, se constituye una modalidad del inconsciente que pertenece al conjunto.

La pertenencia que da identidad y protege, también solicita del individuo deponer determinados rasgos particulares que podrían afectar la organización grupal. Queda establecido entonces que entre la identidad, la autonomía y la pertenencia, se establece el interjuego de una doble relación del individuo consigo mismo y con los demás. A veces una va en detrimento de la otra.

En nuestro caso las series complementarias con las que se conforma y delinea cada psicoanalista, son particulares así como

también lo son las series complementarias con las que se organiza y sostiene una determinada institución psicoanalítica.

El ser y el pertenecer guardan entre sí un delicado equilibrio, muchas veces el pertenecer le roba algo al ser y viceversa; individuo y grupo, como las agujas del reloj, se resignifican permanentemente. Tal pertenencia requiere de nosotros un esfuerzo permanente de descentramiento narcisista.

Pero así como la identidad tiene un trasfondo de crisis en el sentido de una historia que está siempre en construcción, podemos entender que la identidad profesional contiene una parte de esa construcción, y al igual que en un individuo, la institución se hace permanentemente, pasa por cambios que atraviesan la transmisión de duelos, crecimientos, continuidades y discontinuidades en una delicada dialéctica entre tradición y cambio.

¿CAMBIO-CRISIS?

El Freud que en Ana O. hablaba de la represión y sus consecuencias en la Viena del siglo XIX, ya no era el mismo Freud de “El malestar en la cultura” (1930) cuando se refería a la inquietud contemporánea y la infelicidad ... “Los seres humanos que han llevado tan adelante el dominio sobre las fuerzas de la naturaleza que con el poder de su auxilio le resultaría muy fácil exterminarse unos a otros hasta el último hombre...”. De esa inquietud, Freud terminaba diciendo, “... y ahora cabe esperar que el otro de los dos ‘poderes celestiales’, el Eros eterno, haga un esfuerzo para afianzarse en la lucha contra su enemigo igualmente inmortal. ¿Pero quién puede prever el desenlace?”.

¿Se trata de un movimiento, el movimiento analítico, que desde su inicio no ha terminado de delinearse del todo o al menos, de definir in extenso su vuelo teórico, pero que, en la corta vida de cada analista y los pocos casos cuyo estudio puede completar en su transcurso, difieren de un estudio masivo sobre el tema, más allá de las dificultades a las que este tipo de propuestas conduce?

Las cosas parecen complicarse más cuando se habla de la crisis del psicoanálisis o la crisis de la práctica psicoanalítica o más aún de la crisis de los psicoanalistas frente a los problemas que se plantean por la dificultad del ejercicio de su práctica. También las propias instituciones psicoanalíticas están de una u

otra forma influenciadas en su desarrollo cuando se las observa insertas en la cultura del país en que se vive.

Creo que estos temas se reequilibran o de alguna manera se diluyen si partimos de la perspectiva de que los resultados llamados terapéuticos no deberían subordinarse a otros intereses que el descubrimiento de la verdad. Esto puede parecer algo solemne, pero se trata de una búsqueda crítica, difícil y peligrosa por momentos, realizada entre dos, en una acción transformadora para ambos.

¿Hasta dónde el ejercicio del psicoanálisis, prosigue, se modifica, se adapta o cambia, en el sentido antes expresado, para cada uno de nosotros? En el caso de las instituciones, el secreto en el sentido de la Omertá, tiene su propia dinámica; lo que se calla u oculta tiene un sentido que es del resorte de la ética, pero lo que se cubre en la teoría o en cambios en la misma que podrían alterar el encuadre institucional implica además de la ética una obliteración epistemológica. *Aquí se da una superposición entre obstáculos epistemológicos y las fallas éticas; en ese caso se pueden hacer pasar los problemas epistemológicos por éticos o viceversa, en lugar de atacar a cada uno de ellos en su terreno específico. Los problemas institucionales tienen resoluciones éticas, en cambio los problemas teóricos demandan resoluciones epistemológicas.*

Mediante un desplazamiento metafórico, podemos decir que, la cadena infinita –como representante de la teoría en zonas aún no conquistadas, territorios nuevos, o nuevas formas de pensamiento– puede obturarse en algunos casos, con el fin de proteger el orden institucional delineado en los fundamentos de los comienzos.

Una parte del sentido original del concepto de cambio se pierde en la época actual. Dada la velocidad y el incremento de los mismos, este concepto se hace sinónimo de crisis y por otra parte la misma crisis deja de ser en algunas circunstancias una variable para transformarse ella misma en una constante.

Se tratará entonces de una inversión. En lugar de que la institución exista al servicio de la teoría a través de sus representantes, consideremos a la teoría como fuente de identidad de la institución. En ese caso resultará riesgoso modificar la teoría, porque cualquier modificación será percibida como un atentado contra la institución. Esta, en lugar de apoyar el desarrollo de la

teoría, se apoya en un estado de la misma, dado como forma definitiva. Esta inversión de los fines sería una necesidad en función de la salvaguardia de la identidad institucional.

Es preciso distinguir entre los funcionamientos institucionales, que se apoyan en y apoyan a un desarrollo de la teoría, y las configuraciones institucionales que se apoyan en un estado dado de la teoría.

Cabe entonces preguntarse acerca de las variaciones en nuestra práctica psicoanalítica: ¿cómo hacer entonces para circunscribir una práctica en términos generales, sin caer en el vicio de una feudalización que encierre y ahogue, ni el de una generalización o borramiento de las diferencias que impida comparaciones? ¿Pero cuándo y cómo se aplican estas variaciones y cómo se las entiende?

Wallerstein (1989), en una muy ajustada síntesis acerca de la relación psicoanálisis-psicoterapia dice: “A lo largo de la observación empírica a través de los años, existe una serie de territorios fronterizos en el que los procedimientos terapéuticos son practicados dentro de un área gris entre el psicoanálisis con parámetros y una psicoterapia consistentemente intensa. Creo que todavía es posible hoy en día trazar una línea entre los dos, si bien también es cierto que dicha línea es difícil de determinar”. En total acuerdo con el autor, creo que la dificultad en esa determinación ocurre, porque los contextos sociales en los que se desarrollan estos procedimientos, no siempre son iguales, como por fuerza tampoco lo son las instituciones donde se los enseña.

Entiendo que no podemos menos que estar de acuerdo, ya no estamos en la Viena de fin de siglo. Hoy Katherina, ‘La robusta montañesa’ es distinta, no es tan robusta, es afinada, se pinta, tiene menos tiempo, baila rock, usa blue jean, fuma cigarrillos, a veces marihuana, tiene relaciones sexuales con menos escrúpulos y más frecuencia, además usa Internet y un poco de diván. ¿Otra sexualidad, la misma? ¿Otra sociedad?

REALIDAD SOCIAL Y SOCIEDAD

Muchas veces son las expectativas de la sociedad las que obligan a los analistas a definir metas y resultados terapéuticos. Creo que ello ocurre porque los analistas somos vistos desde una

nosología médico-psiquiátrica que no toma en cuenta el sentido procesal de nuestra disciplina. Hablamos en términos de un lenguaje sellado por el modelo médico. Se nos olvida cuanto insistió Freud en mantenerse independiente de la profesión médica, advirtiéndole que el psicoanálisis además de una terapia era básicamente un método de investigación y una teoría. En “La cuestión del análisis para legos” (1910) Freud escribió: “El futuro juzgará, probablemente, que el valor del psicoanálisis como ciencia de lo inconsciente supera en mucho su valor terapéutico”.

El término psicoterapia resulta adecuado para el tipo de reclamos que la sociedad demanda con todo derecho. Si nuestra respuesta es la de que el término psicoanálisis es más amplio y abarcativo que el término anterior, con qué derecho hablamos de clínica (de *klinos* –al lado de la cama), o simplemente del paciente. ¿No deberíamos acaso hablar de psicoanálisis o de diálogo? Tal vez confundimos a un técnico muy calificado de laboratorio de análisis clínico, con uno médico, o la cura con la adaptación a un modelo de salud predeterminado.

A partir de estos conceptos la idea de la cura, en el sentido corriente de la palabra, ubica a nuestra labor en un punto en el que la demanda social, adaptada por los valores de la cultura, nos reclama resultados, rápidos, tangibles, económicos y duraderos.

Acaso existe una contradicción entre la popularidad del psicoanálisis en ciertos grupos profesionales, con la consecuente demanda de formación y la escasa demanda de pacientes para tratamientos psicoanalíticos. Se plantea entonces la situación económica como campo propicio para la oferta de terapias alternativas, de manera tal que va siendo cada vez más difícil el poder tener una práctica que incluya tratamientos frecuentes y prolongados, cuando esta práctica es la que define a un psicoanalista. Cada camino, cada cambio, resultará de distintas configuraciones en la síntesis que cada individuo obtiene de las series complementarias con las que está dotado y desde las cuales, organiza su manera de concebir no sólo su identidad y su visión del mundo, sino también su posibilidad de reparación, sublimación o trascendencia.

Algunos colegas, necesitados de un proceso de reparación más satisfactorio y completo se ajustarán a la vertiente terapéutica cuyo exponente más cabal sería la medicina (en tanto apremio de

curar). Mientras que otros, menos inclinados hacia un proceso reparatorio de esa calidad, se inclinarán supuestamente hacia la vertiente simbólica del trabajo analítico y tendrán más atención y disposición para tolerar ambigüedades, dudas, paradojas e incertidumbres (en tanto necesidad de investigar).

En su artículo “Desafíos en la formación”, Sachs (1997) subraya que el psicoanálisis se encuentra confrontado por cambios en la sociedad, y con circunstancias diferentes de aquellas que existían en la era en la cual nuestro sistema tripartito fue promulgado por primera vez. Se plantea entonces la revisión de aquello que ha cambiado o, por lo contrario, se mantiene más constante y ello nos conduce directamente al problema de los criterios de evaluación, término que de por sí sugiere el estándar, con el que intentamos definir aquello que evaluamos.

En la medida en que unos deseen preservar los viejos métodos y los estándares (sean las circunstancias externas favorables o no) y otros reclamen por la transformación de los viejos métodos y el desarrollo de nuevos estándares, surgirán tensiones en cada asociación y se llegará a establecer una polarización entre grupos. Queda así señalado el permanente desafío entre tradición y cambio. La eterna lucha entre la tradición como una idea activa que ordena una continuidad directa con el pasado como soporte de la verdad, y la actualidad y el cambio que parecen desafiarla.

En algunas circunstancias, el obstáculo actual puede estar sofocado, acallado o incluso puede no percibirse por problemas institucionales específicos. Señalo un factor de entropía: la Omertá es uno de ellos.

LA CADENA INFINITA

El movimiento propio de la teoría en lo cerrado o completo de sí misma y por su propio desarrollo, será generador de un espacio que llamaré agujero, incógnita, problema o vacío en donde se van a producir los puntos de engarce de un nuevo eslabón que, atravesando el antedicho espacio o agujero, construirán un nuevo anillo; junto con el anterior irán conformando una cadena.

Utilizo para modelizar el ejemplo la teoría de la contratransferencia. En un primer momento fue preciso dejar algo fuera del registro perceptivo del analista para poder avanzar a través de la

teoría de la transferencia, aún a costa de una actitud axiomática, porque con ello se impedía la “inundación informe” de la novedad del procedimiento analítico. El imperativo consistía en no invadir la relación y lo nuevo del tipo de aproximación terapéutica de observaciones, que podrían dificultar el aislamiento y la conceptualización de un fenómeno mayor que era el fenómeno de la transferencia. Se instalaba de esa manera una distancia entre el observador y lo observado, distancia que presentaba una falacia ya que la observación científica pura —separando el observador de lo observado— tenía además el obstáculo de lo que después se conceptualizó como contratransferencia, es decir los sentimientos o percepciones que la transferencia provocaba en el operador.

Una primera teoría dejaba un vacío en su interior por el que penetró más tarde el eslabón de la contratransferencia y mucho después ocurrió lo mismo con la identificación proyectiva y otros mecanismos. Con ello, el psicoanálisis amplió su esfera de acción e interacción dando lugar a nuevas hipótesis, que se integraron y *encadenaron*, abriendo áreas. Así, en la medida en que la praxis fue dando cuenta de su valor heurístico, hoy podemos hablar de la transferencia analítica como situación total (Joseph B., 1985), o de simetría, asimetría e identificaciones proyectivas cruzadas (Martínez M, Bergallo A., Ferschtut G., 1993). Este enfoque resultaba impensable en los comienzos de la práctica analítica, cuando la comprensión teórica podía resultar sumamente confusa ante la invasión de datos clínicos, que debieron ser evaluados con cierta independencia entre sí, no sólo por lo revolucionario de la teoría, sino porque además, ésta debía ser construida sujetándose a la fuerza convincente de la actitud objetivante que exigían las ciencias de esa época.

Nuestro tiempo está enfrentado a la aparición de nuevas tecnologías y consecuentemente a la desaparición de las viejas; los medios nos acercan a nuevos mundos y a culturas distintas a gran velocidad, acelerando no sólo nuestros propios intercambios sino también conduciéndonos a nuevas nociones de valor. Los contextos se van transformando y las estructuras de conocimiento se parecen, cada vez más, a organismos vivos que surgen, se desarrollan, mueren y sólo aquellas que van mutando logran sobrevivir.

Entiendo que nos falta la noción de totalidad, cuando consideramos la teoría y la práctica psicoanalítica, por fuera e indepen-

dientemente del contexto histórico y cultural en que tienen lugar. Estamos ante una doble lectura, por un lado funcionamos como el comité de los siete anillos: por sostener la idea que nos convoca, nos cerramos y perdemos perspectiva de los cambios del afuera. Por otro lado y paradójicamente, renunciamos a la responsabilidad que nos cabe en la influencia que hemos tenido para que dichos cambios –de los que el propio análisis fue factor supremo–, tengan lugar y se eslabonen. Señalo aquí un factor de entropía.

Si las instituciones analíticas no toman en cuenta este aislamiento del medio, es posible que también queden aisladas de la interacción con otras disciplinas, de las cuales, por otra parte, hay pruebas de que hemos tomado y ofrecido modelos de pensamiento con beneficio mutuo.

En un mundo de creciente expansión y combinación, de sistemas cada vez más abiertos, mutables e interactuantes, el psicoanálisis tiene una posición de privilegio en su posibilidad de comprensión y ayuda a la sociedad, desde su participación en la asimilación, comprensión e integración del formidable cambio del que somos testigos y partícipes. Estamos plenamente capacitados para hacerlo.

Lo queramos o no, con sus nuevos paradigmas y ampliaciones técnicas, nuestra disciplina se agrandó y creció ampliando sus fronteras. De lo recoleto de los consultorios individuales, a la cultura de los grupos, las familias y las instituciones. Hoy se oye hablar de una nueva clínica ampliada. La sociedad se ha complejizado y el psicoanálisis y su práctica también.

Para ello, y ya en el umbral del próximo milenio (infaltable cita), entiendo que deben quedar atrás el espléndido aislamiento y el grupo de los siete anillos, para pasar a una cadena infinita, como lo sugiero en el título.

Nos hace falta comprender mucho más y lo bueno sería poder realizarlo a la manera de grupo de trabajo, sin anularnos sino, por el contrario, reafirmando lo que tenemos en común como grupo, preservando a la vez nuestras individualidades. A la manera de la orquesta que señalé anteriormente.

Tal vez nos hemos olvidado del Freud que aprendía de los pacientes y hemos tomado el método como la transmisión de algo cerrado y definitivo, que nos representa más a nosotros y a nuestra visión particular, que a la visión que en conjunto pode-

mos lograr a través de la comprensión, no sólo de la situación transferencial, sino también de la cultura en que estamos insertos (Puget J., Wender L., 1982). Subyace la idea de que las estructuras, una vez hechas, son inmutables y ello entra en contradicción con los cambios actuales que se operan en otras disciplinas, en otras instituciones y en otras mentes. Debemos revisar la noción de objetividad.

EL INSTITUTO

Considero que la labor de un instituto psicoanalítico no sólo consiste en proporcionar a los candidatos el contexto necesario para su formación a través del estudio teórico, el cuidado de la injerencia de los análisis didácticos y las adecuadas supervisiones, sino que ahora, más que nunca, debe encargarse de adecuar los elementos necesarios para que podamos estudiar y aprender a relacionar nuestra disciplina con el macrocontexto. Necesitamos estar a la altura de los requerimientos que tiene la sociedad para con nosotros, además de cuidar el microcontexto de formación.

La época del espléndido aislamiento terminó, el psicoanálisis debe crecer no solamente para adentro transformándose, sino también para afuera, penetrando en la sociedad y en la cultura a la que por definición pertenece. Para ello debemos ser portadores de las incertidumbres a las que conducen estas ideas de cambio, comenzando por revisar el funcionamiento de nuestras propias estructuras personales e institucionales.

Se ha dicho (Bernardi, 1992) que lo difícil no es llegar a ser analista sino seguir siéndolo. Para ello debemos reorganizar nuestra propia percepción ante el cambio y las respuestas que puede dar esta privilegiada actividad. Estamos acostumbrados a investigar la actividad psíquica, en ese sentido somos productores de cambios e incertidumbres, que esos mismos cambios provocan. Razón de más para seguir enfrentándolos.

El problema de los estándares va más allá de la idea que se tiene de la cantidad de sesiones, sino que depende de la filosofía que los sostiene. Me refiero a los valores esenciales que nos permiten reconocernos entre nosotros como analistas. No es el encuadre el que establece el análisis, sus valores no bastan para definir un tratamiento analítico, aunque admitimos sin duda que

un tratamiento analítico propiamente como tal, presupone el compromiso con el encuadre estable y regular, pero lo que lo califica sobre todo es el hecho de que "... la situación analítica sea instaurable y reinstaurable de continuo, donde lo arbitrario ceda paso a la esencial..." (Máspero N., 1997).

Entiendo que la formación de psicoterapeutas calificados debe hacerse *desde la dirección y la contención del propio Instituto y no debe quedar fuera de él.*

Debe haber un lugar para la enseñanza de la psicoterapia en los Institutos de Psicoanálisis y aunque llevaría mucho tiempo explicar este último punto, simplemente deseo destacar el siguiente hecho: quien mejor que los psicoanalistas para organizar el campo y la práctica de la psicoterapia sin que ello implique una renuncia sino una readaptación, un encadenamiento de ideas provenientes de la disciplina central que es el psicoanálisis.

En los Institutos debería haber un lugar para la información de la interrelación del psicoanálisis con otras ciencias tales como la epistemología, la sociología, la antropología, la lingüística y la etología, para comenzar.

Una disciplina tan rigurosa como la nuestra, y un lenguaje como el psicoanalítico —que ha impregnado todas las manifestaciones de la cultura en el relativo poco tiempo de su existencia— no pueden ni deben permanecer aislados del cambio y la convergencia que han contribuido a concientizar. Secreto sí, pero dentro del consultorio.

CONCLUSION

Creo que no hay una crisis del psicoanálisis, en todo caso la crisis es de los psicoanalistas que no comprendemos que *el psicoanálisis es crisis por definición*. No será encerrándonos en un autismo teórico e institucional como podremos sobrevivir a estos cambios que por otra parte, como ya dije, se confunden con la crisis.

¿Por qué no usar técnicas pedagógicas para enseñar más modernas, tales como el manejo de los grupos, la filmación de un seminario, el rol playing y la discusión más abierta acerca de los problemas de la supervisión como se ha visto en Barcelona? ¿Por qué no alentar la discusión acerca de la definición de los límites

entre el psicoanálisis y la psicoterapia desde todos los niveles de la Institución? ¿Por qué no recibir con más frecuencia a pensadores de otras disciplinas dentro de la Institución?

En el mundo de Internet, las torres de marfil o se caen o se convierten en museos. Entiendo que debemos acostumbrarnos a trasponer límites y a investigar aún forzando nuestras actuales fronteras, las que nosotros mismos hemos delineado.

Creo que lo peor que puede hacerse frente al cambio es temerle o negarlo. Afortunadamente el futuro no es totalmente predecible.

BIBLIOGRAFIA

- ABADI, M. "El grupo psicoanalítico como sociedad secreta" (1959), *Revista de Psicoanálisis de A.P.A.*, Vol. XVI, número 2, Bs. As.
- BERNARDI, R. "Malestar en el Psicoanálisis: Los desafíos pendientes" (1992), XIX Congreso Lat. de Psicoanálisis, Tomo I.
- BETANCURT, D. GARCÍA, L. M. *Contrabandistas, marimberos y mafiosos. Historia social de la mafia colombiana. (1965-1992)* (1994), T/M Editores, Colombia.
- BION, W. (1948) *Experiencias en grupos* (1963). Edit. Paidós, Bs. As.
- BION, W. (1970) *Atención e Interpretación* (1970). Edit. Paidós, Bs. As.
- BION, W. *Seminarios de Psicoanálisis* (1978). Edit. Paidós, Bs. As.
- BLEGER, J. *Psicohigiene y psicología institucional* (1984). Edit. Paidós, Bs. As.
- CESIO, F. "El carácter de Sigmund Freud" (1958), *Rev. de Psicoanálisis A.P.A.* Nro. 4, pág. 386. Bs. As.
- FERSCHTUT, G. "Acting-Out en Grupos", (1970), *Actas*, VI Congreso Latinoamericano de Psicoterapia de Grupo. Montevideo
- FREUD, S. Introducción del narcisismo (1914).
- FREUD, S. *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921).
- GAY, P. *Freud. Una vida de nuestro tiempo* (1989), Ediciones Paidós, Bs. As.-Barcelona-México.
- GRIEVE, P. "El problema de la identidad psicoanalítica" (1997), *Rev. de Psic. de la Asoc. Psic. de Madrid*, Madrid.
- GROSSKURTH, P. *The secret rin* (1991), public. Addison-Wesley.
- JIMÉNEZ, J. P. "Desafíos actuales de la práctica psicoanalítica" (1997), trabajo presentado en la mesa redonda del 40º Congreso Internacional de Psicoanálisis, Barcelona.

- JONES, E. *Vida y obra de Sigmund Freud*. Tomo II, "Los años de madurez (1901-1919)" (1960), Edit. Nova, Bs. As.
- JOSEPH, B. "La transferencia: Situación Total" (1985), *Libro anual de psicoanálisis*.
- KAËS, R. *El aparato psíquico grupal. Construcciones de grupo* (1977), Granica Editor, Barcelona.
- KOVADLOFF, S. *El silencio primordial* (1993), Emecé editores.
- MARTÍNEZ DE SAENZ, M., BERGALLO, A. Y FERSCHTUT, G. "De identificaciones proyectivas, de sincronías y de asimetrías", (1993), 15º Simposio y Congreso interno APdeBA.
- MASPERO, N. "Lugar y función del analista en el contexto de la crisis" (1997), trabajo presentado en el 2do. Encuentro de la Asociación de Psicoanálisis de Rosario, "Psicoanálisis y contexto de crisis". Rosario.
- PUGET, J.; WENDER, L. "Analista y paciente en mundos superpuestos" (1982), *Rev. de Psic. APdeBA*, vol. IV, Nro. 3.
- RACKER, E. "Algunas consideraciones sobre la personalidad de Freud" (1956), *Rev. de Psic. A. P. A.* XIII, Nro. 2, Bs. As.
- RANGELL, L. "Freud inner circle and the politics of psychoanalysis" (1984), *International Quarterly* 63: 132.
- RODRIGUÉ, E. *Sigmund Freud. El siglo del psicoanálisis II* (1996), edit. Sudamericana.
- ROMANO, R. "El supuesto básico de la Omertá" (1997), International Centennial Conference on the Work of W. Bion, Torino.
- SACHS, D. M. "Desafíos en la formación" (1997), trabajo presentado en el Simposio de Bs. As.: El Psicoanálisis hoy: Desafíos y Perspectivas, Bs. As.
- WALLERSTEIN R. S. "Psicoanálisis y psicoterapia, una perspectiva Histórica" (1989). *Libro Anual de psicoanálisis*.

Guillermo Ferschtut
Av. Callao 942, 3º
C1023AAP, Capital Federal
Argentina